

EDITORIAL
DE EL NUEVO DÍA

FALTÓ LO ESPECÍFICO

Al concluir anoche el mensaje del Gobernador sobre la situación del País, la sensación que quedó fue la de una presentación que, con ligeras excepciones en las áreas de la infraestructura, estuvo plagada de generalidades que no ayudan a vislumbrar un programa específico de recuperación económica y social con el rigor que era de esperarse.

En términos de desarrollo económico, el gobernador Luis Fortuño volvió a apostar al éxito de las Alianzas Público-Privadas, reiterando que están encaminándose varios proyectos de infraestructura vial, sin entrar en consideraciones que entendemos imprescindibles, como la firma de los contratos para los trabajos, la asignación de fondos y las garantías de que los planes se conviertan en pronta realidad.

Desde luego que es de esperarse que esos planes y otros que anunció salgan de los escritorios de diseños, porque un verdadero plan estratégico de desarrollo económico, que armonice con los retos actuales, es lo que sigue ausente, aun cuando el gobernador Luis Fortuño alegara anoche que hace unos meses lo presentó.

Al reiterarse el Gobernador en la reforma contributiva, nuevamente aseguró que la iniciativa estará centrada en reducir las contribuciones a la clase asalariada, premiar el trabajo e incentivar el desarrollo económico. En ese renglón contributivo también el Mensaje se quedó corto por lo indefinido del alcance de la propuesta en cuanto a su verdadero impacto para la clase media, el sector empresarial y para los recaudos de Hacienda.

Dos renglones de vital importancia -el de la educación y la salud- también requerían especificidad. En cuanto al primero, dio cuentas del voto de confianza dado a Educación por un equipo de funcionarios federales, en cuanto a la rectificación de las acciones del ex secretario Carlos Chardón que el año pasado habían colocado a la agencia en peligro de “alto riesgo” en el manejo de programas federales. También aludió planes de mejoramiento curricular en materias como ciencias, matemáticas, inglés y español través del uso de las tecnologías de avanzada. Pero careció de un planteamiento específico sobre una reforma integral que permita superar los problemas estructurales de la

educación puertorriqueña.

Respecto a la salud, nuevamente dio la impresión el Gobernador de que se sigue a la espera de lo que se decida a nivel federal, es decir, el Congreso, primero, y la Casa Blanca después, sobre los alcances para Puerto Rico de la vapuleada reforma federal de salud, antes de entrar en sustancia con lo que debe hacerse aquí en un renglón tan vital.

En cuanto a la seguridad, la inserción de la Guardia Nacional en el combate contra la criminalidad, aunque dirigida mayormente al auxilio de la Policía estatal en el patrullaje preventivo, reitera un enfoque policiaco-militar en el tratamiento de un mal que ciertamente reviste caracteres de problema social y salubrista. Aquí no hubo, por tanto, ningún giro sustancial en enfoque y mucho menos, en voluntad política para atacar en sus raíces este flagelo social.

En cuanto a lo que consideramos propuestas concretas del Mensaje, consideramos importante las iniciativas para la aprobación de un Código de Construcción, para el cual el Gobernador someterá legislación estableciendo un protocolo permanente de revisión y adopción de las normas dirigidas a garantizar la seguridad de las construcciones de residencias, edificios y escuelas en el País.

Igualmente resulta positiva la iniciativa de la Administración para dirigir al País hacia la diversificación energética mediante la explotación de fuentes renovables, con metas ambientales eficientes, confiables y a precios razonables. Le resta, sin embargo, un cambio de rumbo integral que permita a la Administración abandonar lo que, en este mismo espacio editorial, hemos descrito como una política de estado contraria a la conservación.

El País necesita especificidad en sus áreas estratégicas, para asegurar un arranque económico y social coherente y sostenido.



BUSCAPIÉ

HUÁSCAR ROBLES CARRASQUILLO

Jimaní

Yo no quería entrar. Pero entré, de la mano de Yolanda, una haitiana sonriente con una sonrisa dulce y blanca como marfil. Lo que vi adentro me conmovió. No hubo “break” para tomar fotos.

En un cuarto convalecían sobrevivientes del terremoto. En otro, niños recién amputados distraían con juguetes su angustia. En medio de una conmoción, doctores, enfermeros y paramédicos intentaban sin esfuerzo hacerle una transfusión sanguínea a Tamara, una niña de siete años.

En la mareada de batas blancas y agujas intravenosas me fue imposible disparar mi cámara, aunque era eso precisamente para lo que había viajado.

Luego desde mi celular envíe por texto una historia esa noche a mi editora quien me preguntó por una foto. Pero me fue imposible tomarla, no en aquella noche en el hospital de Jimaní donde sería imprudente interrumpir la labor de voluntarios internacionales que luchaban por paliar tanta miseria.

No comprendo el propósito de las imágenes tomadas por médicos puertorriqueños en uno de los hospitales de Jimaní. Habrán visto lo mismo que yo. Serían las mismas paredes verdes con manchas de sangre y el olor a orina y desperdicios.

Los haitianos que allí convalecían lo habían perdido todo -hogar, familia, esperanza. Sólo resta para ellos aquel lugar, y pensar que allí tomaron fotos de haitianos semidesnudos o de un médico acercando un crucifijo con una sonrisa idiota a un cuerpo inerte; me parece una gran mentira. Las imágenes mienten.

Si hubiesen cruzado la frontera a Haití hubiesen visto la destrucción que llevó a aquellas víctimas hasta allí. Tal vez si haitianos cruzaran nuestra frontera a “documentar” en nuestros momentos más vulnerables no seríamos tan tolerantes.

Ellos han pedido disculpas al mundo entero -a los puertorriqueños y a todos los galenos cuya reputación es intocable en esta sociedad clasista. No se han disculpado aún con los pacientes que todavía yacen dolientes en Jimaní.

■ *El autor es periodista y crítico cultural.*



Rafael Lama
Para tu consumo



Sincronía: Hay que fortalecer la confianza del pequeño empresario y de los grandes inversionistas.



ANA LYDIA VEGA
ESCRITORA

Fueron cuatro días, cuatro largos días que salvaron vidas y mataron reputaciones. En un abrir y cerrar de ojos, la delegación enviada en misión humanitaria a Jimaní por el Senado de Puerto Rico cayó del heroísmo a la villanía.

Condenar de plano a sus integrantes es demasiado fácil. Nadie puede escatimarles mérito a quienes pusieron su ciencia al servicio de las víctimas del terremoto haitiano. Crearon de la nada un hospital, lo dotaron de materiales y medicamentos, repararon fracturas, curaron heridas, cortaron por lo sano para detener el avance fatal de la gangrena. En horario extendido y sin remuneración, cambiaron sueño por empuño y fatiga por iniciativa.

¿Cómo pudo una historia tan luminosa tener un desenlace tan nebuloso? ¿De qué manera la saga de solidaridad dio paso al álbum de una juerga de blanquitos en excursión tercermundista? Las razones, si es que las hay, sólo las conocen los concernidos. Pero las justificaciones que han manejado hasta ahora no son convincentes.

Echarle la culpa al revanchismo pa-

sional de una periodista luce como una excusa bastante patética. Lo reprochable no es que se haya denunciado la publicación de las fotos sino que se hayan protagonizado, retratado y divulgado escenas perturbadoras. Y alegar que se quería documentar visualmente la experiencia con propósitos pedagógicos no es respuesta creíble. En ese caso, el contenido y el enfoque de las fotos tendrían que haber sido muy diferentes.

Hay que pisar el terreno movedizo de la especulación para intentar reconstruir el contexto de los actos. Antes que nada, recordar lo difícil que resulta todo proceso de adaptación a circunstancias hostiles. Luego, tratar de calibrar la angustia y la tensión que de seguro provocó ese viaje relámpago a las entrañas del horror. La súbita transición de un universo cómodo y familiar a un infierno de carencia y sufrimiento tuvo que producir algún grado de turbulencia emocional en el más curtido de los cirujanos.

La conciencia aguda de la fragilidad humana pone los nervios de punta y las inseguridades a flor de piel. Abundan

Visita de médico

los cuentos de las bromas morbosas practicadas por estudiantes de medicina mientras diseccionan cadáveres. El hueso deslizado en el bolsillo del compañero delata a la vez un travieso reflejo vital y una profunda turbación en presencia de la muerte. Es el humor negro de los sepultureros: un mecanismo para desbancar al miedo.

Imposible subestimar el carácter impenitentemente festivo de los puertorriqueños, el eterno y, en ocasiones, irritante vacilón boricua. Eso podría explicar la imprudencia de una celebración tan a destiempo. Pero no basta para eximir de responsabilidad al pequeño grupo que se atrevió a convertir en material de show la desgracia ajena.

Bueno, tampoco fue el despliegue sádico de la cárcel de Abu Ghraib. Más que malicia, las fotos demuestran una inmadurez galopante y una pasmosa ausencia de recato profesional. Dados los extraordinarios logros conseguidos, la sed de lucimiento hubiera sido comprensible si no se hubiera manifestado de forma tan impropia.

Falta por mencionar un factor esen-

cial del escándalo: el síndrome Facebook. El lente impúdico de la cámara no se conformó con la intimidad de la mirada. Las imágenes de pacientes desvestidos, ataúdes abiertos y doctores jugando a los soldados pedían a gritos exposición masiva. Para los adictos al exhibicionismo on-line, las vivencias sólo cobran realidad cuando se afichan en el espacio virtual de la red.

¿Por qué causó este asunto tal revuelo? Sin duda porque sacudió la mística del médico abnegado y agrietó la solemnidad de la tragedia. Sin duda porque el afán de validarnos ante el mundo sufrió un golpe contundente. Pero, a fin de cuentas, ¿no es esa mezcla explosiva de generosidad e irresponsabilidad un rasgo reconocible de la siempre contradictoria cultura nuestra?

La semana pasada partieron más doctores hacia Haití. Van siguiendo -quizás sin saberlo- las huellas de otro médico que buscó y obtuvo allí asilo político en el siglo diecinueve: el más antillano de los antillanos, Ramón Emeterio Betances. A su memoria entrañable los remitimos. A su ejemplo radiante los encomiendo.

Yo quiero ser “pobre”



GUSTAVO VÉLEZ
ECONOMISTA

La pobreza se ha convertido en un lucrativo negocio en Puerto Rico. El problema es que es una industria que no produce nada, pero que lo consume todo. Un total de \$5,000 millones en fondos federales y locales, le permiten al liderazgo político financiar el estado benefactor, perpetuar la pobreza con medidas populistas y comprar votos dentro de la mal llamada clase pobre del País. No es secreto que el Gobierno local provee de forma gratuita, vivienda, comida y un plan de salud para cerca del 48% de la población.

En Puerto Rico hay dos tipos de pobreza. Existe la pobreza estructural que es aquella creada por factores socioeconómicos y por la desigualdad creada por la forma en que se distribuye el ingreso. Pero también existe la pobreza artificial, que es aquella creada y perpetuada por las políticas públicas del Gobierno. En semanas recientes, una medida dirigida a proveer una tarifa fija de consumo de agua y electricidad para los residentes de los residenciales públicos encendió nuevamente el debate sobre los beneficios de los pobres. La indignación de amplios sectores del País llevó al propio Gobierno a rectificar la política pública adoptada para

establecer un límite en el consumo.

La semana pasada el Gobierno anunció que habilitará una reforma contributiva y que durante la primera etapa, los primeros beneficiados serán los contribuyentes que ganan un ingreso de \$20,000 o menos. Esos ciudadanos aunque representan casi el 40% del total, apenas aportan el 10% de los recaudos de Hacienda. Aunque aplaudimos el que se inicie la reforma contributiva, entendemos que los objetivos de dicha reforma tienen que tener objetivos macroeconómicos claros y proveerle alivios contributivos a la clase media.

La indignación en la clase media cada día se hace más evidente. De forma cínica he comenzado a escuchar a muchos ciudadanos sobre la conveniencia de ser pobre en Puerto Rico. “Voy a entregar mi casa e irme a un caserío a vivir, quiero ser pobre”, escuché decir a alguien en estos días. El peligro inminente es que se está creando una sociedad donde cada día es más atractivo vivir de las ayudas federales y no trabajar. Hoy más que nunca urge desarrollar una cultura de trabajo y de responsabilidad hacia el País, si es que en efecto queremos salvar a Puerto Rico de su bancarrota social y económica.

EL OJO PÚBLICO



IMPRUDENCIA COSTOSA

• Para que la colaboración de un lector sea evaluada para publicarse en la sección “Voces” no debe superar las 300 palabras.
• Enviar por fax: (787) 641-3147
• Por e-mail: fvacas@elnuevodia.com, perspectiva@elnuevodia.com